

## **EXPANDIRSE CUANDO SE ENCOGE. LA CATASTRÓFICA PARADOJA DEL URBANISMO MADRILEÑO**

Fernando Roch Peña (Dr. Arquitecto – Catedrático DUyOT)

Apenas se había aprobado el Plan General de Madrid de 1985 que proponía un “estado de la materia y de la forma urbanas” decididamente inspirado en el bienestar social y en el empleo moderado de los recursos, cuando el hoy casi olvidado decreto Boyer de 30 de abril del mismo año, pone la semilla de un nuevo orden, un nivel de energía tan exigente como quimérico, que negaba radicalmente la armonía social del lugar, la posibilidad misma de la vida cotidiana para entregarse al vértigo de la supervivencia en la alta competición de la economía mundo, según los postulados Thatcher-Reagan.

El difícil equilibrio entre la vida de los ciudadanos y los mandatos de la gran economía, se decantarían enseguida hacia las medidas de liberalización del crédito que abrían de par en par las economías familiares al crédito hipotecario, y con él a una sorda lucha competitiva por la posición exclusiva: en sociedades donde sólo sobreviven los más aptos nadie está conforme con el lugar que la fortuna le ha deparado. Se inauguraba una nueva era, una especie de esquizofrenia social y urbana que iba a alterar profundamente las leyes que habían regido la formación de la ciudad durante la industrialización asociada al bienestar: una especie de nuevo estado de la materia de propiedades imprevisibles impulsado por una abrumadora liquidez de capital dispuesto a financiar la sustitución del agotado cuerpo industrial que se abandonaba, por la construcción de una escenografía, un teatro en el que el drama laboral de la industria fordista, se sustituía por la tragicomedia de escalar la cumbre social por los medios que fueran. La propia producción de esa distopía imaginaria se convertía en producto y mercancía, que sustituía a la vieja producción industrial en desmantelamiento. El argumento central de esta parodia del éxito, sería el imperio de los valores monetarios sobre las condiciones de uso, sobre lo funcional, sobre la vida misma.

Por fin se había encontrado la peor salida posible a una década (1975-1985) de ensayos fallidos de fórmulas productivas diversas, destinadas a paliar el hundimiento de aquella sociedad industrial que había dirigido el crecimiento de la ciudad desde finales de la Segunda Guerra Mundial, modelando su morfología social y espacial. Y la salida no consistía en recuperar el deteriorado aparato industrial, en reinventarlo, sino en una huida hacia adelante: una expansión en plena recesión, un crecimiento material que contrapesara la recesión demográfica y económica, y el deterioro evidente de las condiciones materiales de existencia de la población. Un gran banquete financiero que conmemoraba el final de la sociedad salarial, y que ha dejado profundos efectos colaterales en nuestras ciudades y, sobre todo, en nuestros ciudadanos y su imaginario colectivo, cuya representación de lo urbano ha sufrido alteraciones irreparables.

Baste una constatación para hacernos una idea del sustancial cambio sobrevenido: desde principios de los años 90 hasta 2008 se han construido más viviendas que durante el periodo de formación de los sistemas metropolitanos que culminaron el desarrollo industrial y alcanzaron las cotas de bienestar más altas,

materializando el tránsito de una sociedad rural a una sociedad urbana. Y este despropósito se ha acompañado contradictoriamente con salarios decrecientes o camino de la precarización, con aumento progresivo del paro, con el desmantelamiento del aparato fabril y sus relaciones laborales, con una demografía en disminución y más vulnerable. También con una asimetría creciente en el reparto de la riqueza que coincidía con el deterioro progresivo de los equilibrios que proporcionaba la vieja fórmula. En esta desolación, sólo una magnitud "positiva": crédito disponible en cantidades inagotables y poco discriminatorio, dispuesto a implicar a toda la formación social en una competición por posicionarse en el nuevo orden social que ya sólo respondía a criterios de jerarquía expresada (representada) en términos monetarios. Una suerte de determinismo posicional que actuaba como un talismán sobre el porvenir y la propia supervivencia, y cuya principal representación se desarrollaría en los viejos escenarios urbanos fuertemente intervenidos para desplegar ese nuevo espacio social sin otro principio ordenador que la renta, sin otro criterio que la exclusión. Y una nueva paradoja, pues la generalización social del crédito, su expansión sin límites, coincide con una vuelta masiva a la incertidumbre que condena su futuro.

La contradictoria orgía inmobiliaria que hemos vivido ocultaba, así, una refundación del orden urbano, de su física más íntima. Es la sociedad familiar y su patrimonio en un contexto jerarquizado (gradiente de exclusión) la verdadera protagonista, no las relaciones laborales, la utilidad, la eficiencia o la funcionalidad de una sociedad industrial en extinción. Mucho menos la justicia. Las representaciones del mundo industrial en declive se sustituyen por el imaginario colectivo de la expansión: el teatro del éxito, para compensar ilusoriamente el *vanishing point* de la actividad industrial y su mundo de equilibrios asistidos que tanto había costado construir. Adiós a los valores colectivos, y renovado impulso al individualismo del prestigio social, que junto al nuevo reparto de papeles alteran la economía política del espacio social y sus significantes.

El problema es que construir un teatro imaginario como éste bajo creciente incertidumbre material (laboral, salarial, institucional), puede representar una salida para los excesos de liquidez de capital, pero conduce a una catástrofe. Y no precisamente para las corporaciones financieras, expertas en convertir desastres semejantes en nuevas oportunidades para incrementar su soberanía sobre Estados, regiones y familias: les ha bastado añadir la ingente deuda privada que ha generado la construcción de esta ficción, a la propia deuda pública. Nuestras ciudades en débito son el resultado de una especie de pacto inmobiliario —sustituto del viejo pacto por la industrialización— bajo el bloque dirigido por la banca y las grandes constructoras y corporaciones inmobiliarias (algunas de rango planetario), lanzadas a la sobreproducción de espacio urbano: grandes infraestructuras y equipamientos monumentales —despilfarro y arquitectura de pasarela— con sus propiedades "mágicas" para recalificar el escenario, es decir, para remodelar el espacio social según un gradiente de prestigio, ajustándolo a los descarnados principios neoliberales que, por fin, encuentran el camino de expresión que les negó la delicada fisiología equilibrada de la sociedad industrial fordista.

El urbanismo pinta poco en esta impostura salvo para legitimar el desafuero urbanizador. El comedido Plan de 1985 es sustituido apenas aplicado por el desenfreno del Plan de 1997 que "agota" el suelo disponible en el municipio madrileño

y lo convierte en un cúmulo de operaciones imposibles, como esa Operación Chamartín que lleva 20 años arrastrando su inviabilidad, y que necesita más de 3.000 millones de euros de inversión que las arruinadas administraciones públicas no pueden regalarle. Había que competir en el escenario internacional, sacando “pecho inmobiliario” a falta de otros argumentos. En realidad la disciplina había nacido para dar forma a la sociedad industrial y sus equilibrios reales o aparentes, como herramienta de intervención pública en un mundo construido conjuntamente con las empresas privadas, para darle racionalidad y oportunidades de existencia al interés público, colectivo, ciudadano si se quiere. Nada revolucionario: moderadamente reformista si acaso, pero imprescindible porque aquella mano invisible, que según la vulgata liberal ordenaba las divergencias del capital privado hacia el bien común de forma natural, no era más que una quimera que conduce al caos, a la ineficiencia radical.

Con la sociedad “industrial” en liquidación, la Ley del Suelo madrileña que inaugura el siglo se entrega al banquete inmobiliario dispensando al territorio de toda cautela, dando rienda suelta a la promoción desenfrenada y sus agentes: el bloque ya mencionado y los responsables públicos asiduos de los tribunales de justicia. No cabe tanto fenómeno contradictorio sin corrupción. Hemos visto quiebras históricas como la de Martinsa-Fadesa que ha superado a la mítica quiebra de la Olympia en los *docks* londinenses, más de veinte años atrás. Y es sólo un ejemplo. Lo que en el planeamiento urbanístico había de búsqueda de equilibrios ha sido presentado como un obstáculo o como irrelevante en el reino de las coyunturas del mercado, mientras la población y sus condiciones de vida, el interés público, es decir, lo estructural, se ha sacrificado o sometido a toda clase de coacciones, a repetidos expolios, convirtiendo a la población en rehén de su propia credulidad, o de un desarraigo propiciado por ese marco de representaciones tan manipulado. El producto de esta monumental discrepancia entre representación y realidad, que se pudre como activo inmobiliario irrealizable en los asientos bancarios, ha constituido el objeto central del rescate público.

Así que estas ciudades escenario, como Madrid, jerarquizadas, desproporcionadas y rescatadas, teatro de toda suerte de mistificaciones, privadas de elementos de equilibrio y cargadas de viviendas vacías, que pesan como una losa sobre los recursos de los ciudadanos, son el “ecosistema” perfecto para el ejercicio de la supremacía, un campo de batalla donde las asimetrías incentivan los comportamientos. Un ecosistema del que se ha borrado todo mecanismo de colaboración, toda solidaridad. Mientras las inversiones privilegian los espacios de la gran economía con sus centralidades y lugares de alto rango generando nuevas coyunturas para la especulación, los fracasos sociales de todo tipo se vuelven estructurales como el drama de los desahucios: otra inaceptable paradoja en un mundo de viviendas vacías que muestra hasta qué punto se han monetarizado los propios derechos constitucionales. La modesta y reformista utopía del bienestar se va transformando en la insolidaria distopía neoliberal del “sálvese quien pueda a costa de quien sea”, mientras se habla de ciudades inteligentes destinadas a confundir a los necios, a enredar más aún la sofisticada telaraña de las representaciones colectivas y consolidar la dependencia tecnológica que ya es una patología, o se celebra el advenimiento de nuevas “especies exitosas”, como *hipsters*, *yuccies*, etc., que

alientan los procesos de elitización en curso, nutriendo la mitología de la innovación y la creatividad banal.

Seguimos en una disyuntiva. Una opción es ceder ante el viejo bloque que persiste en sus proyectos expansivos sin salida (Chamartín, Vicente Calderón, Campamento, etc.) reforzado por los nuevos “visitantes nocturnos” —como diría Braudel— de la economía mundo que prefieren especular en los lugares emblemáticos (una lucha entre liquidez y posición). A cambio ofrecen empleo basura, expolio de los bienes comunes e incremento de la deuda ciudadana, así como paro a medio y largo plazo. Es un suicidio para necios. La otra opción, la única salida de progreso, es recuperar la soberanía ciudadana, poner fin al expolio de las condiciones materiales de vida y activar todo el potencial creativo y productivo de una sociedad tan diversa y socialmente plural como la madrileña. Los cambios en el gobierno de la ciudad central sugieren esa posibilidad, pero no parece que vaya a ser fácil variar el curso de las cosas en una ciudad en quiebra y sin proyecto. Son muy fuertes los vínculos con el pasado. La deuda del Ayuntamiento de Madrid es también histórica y está muy arraigada la idea de sacrificar la metrópoli con sus habitantes para salvar la gran economía, porque de ese éxito dependerá nuestra propia salvación. De poco sirve que la historia haya demostrado sistemáticamente su falsedad, pero justifica malvender patrimonio —edificios públicos y paquetes de vivienda social a fondos buitres—, entregar las conquistas sociales (sanidad, educación) al negocio mercantil, ceder ante inversores que imponen sus condiciones más allá de los límites constitucionales. Nos libramos por puro azar de Eurovegas, pero no de otros especuladores que exigen alteraciones profundas de las garantías asumidas colectivamente, y fuertes inversiones públicas. No caben nuevas grandes operaciones sin renegociar su coste, lo que la ciudad aporta, porque no cabe más endeudamiento.

Todo esto dibuja una ciudad vulnerable, presa fácil; que ha perdido la iniciativa, que viaja a la deriva mientras se deteriora la vida cotidiana, las conquistas ciudadanas. Madrid es una gigantesca superchería envuelta en burbujas sucesivas, como ésta de naturaleza monetaria que se vende ahora como una recuperación. Secuestrada bajo ese envoltorio mistificado, bajo esa claudicación, frenada por la economía parasitaria dominante, palpita sin embargo una sociedad compleja con capacidades y saberes inagotables, con posibilidades de reinventar una cultura de lo útil y lo necesario y su cuerpo productivo de proximidad con la autonomía suficiente, lo contrario de ese trivial teatro de consumo en el que cada cual intenta representar el papel que le permita olvidar cual es su verdadera posición en esta baratija. Sólo hay que atreverse colectivamente a romper las ataduras. Se llama emancipación y es un sublime y creativo gesto romántico irrenunciable. ¿Acaso tenemos otra alternativa?